

poeta sospechaba». Que —en el mismo ensayo— afirma que para el poeta: «no existen sinónimos. Existe una serie de palabras únicas, justas, precisas, y, por ello, insustituibles». Poeta, a mi juicio, difícil de encerrar dentro de grupo, tendencia o clasificación alguna, porque desde muy pronto oyó su propia voz y la siguió. ■ AURORA DE ALBORNOZ.

**Calvino, el imprevisible**

En 1947, un joven de veinticuatro años, recién licenciado de la Facultad de Letras de Turín con una tesis sobre Joseph Conrad, publica un libro titulado, «El sendero del nido di ragnò» (1). En el comentario que le dedica en las páginas de «L'Unità» Cesare Pavese, dirá de él que es el «más interesante relato que haya leído hasta la fecha sobre la experiencia partisana», y tras colgarle al autor el calificativo de «ardilla de la pluma» («la astucia de Calvino, ardilla de la pluma, ha consistido en trepar a las plantas, más por juego que por miedo, para observar la vida partisana como una fábula de bosque»), el autor de «La Luna y la hoguera» sacará a colación nada menos que a Ariosto. La posterior carrera literaria de aquel novel, llamado Italo Calvino, no será sino la confirmación de las profecías de Pavese.

Sin embargo, «El sendero...» no es el libro sobre la Resistencia que tal vez cabía esperar de un antiguo partisano. Su autor no nos presenta a un personaje «positivo», a un héroe de la Resisten-

cia al estilo de la novela social-realista al uso. Su protagonista es, por el contrario, una figura del hampa, un ser decididamente anti-todo, y por anti-todo, también antifascista, que no siente el menor escrúpulo de convertirse en rufián de su propia hermana, a la que prostituye con los soldados germanos. En esa primera obra se halla en germen esa inclinación por la fantasía, esa manera irónica y como distante de ver las cosas, y, sobre todo, esa capacidad para la fabulación que va a caracterizar al Calvino maduro. (A este respecto, nada más natural ni más significativo que el hecho de que, años más tarde, entre 1954 y 1956, nuestro autor llevase a cabo una recopilación de fábulas populares procedentes de distintos dialectos italianos.) Esa prodigiosa facultad manifiesta, como decimos, a lo largo de toda la obra narrativa de Calvino, y que alcanza en su última obra —«Le città invisibili»— altísimas cotas, se hace patente de modo especial en la trilogía «I nostri antenati» («Nuestros antepasados»), compuesta por los que siguen siendo hasta hoy los relatos más leídos del autor: «Il barone rampan-

te» (2), donde se cuenta la historia, ambientada en el Siglo de las Luces, del contestatario aristócrata Cosimo Plovisco di Rondò, quien, tras negarse un día, de niño, a comer un plato de caracoles que le sirven en casa, toma la irrevocable decisión de pasar el resto de su existencia entre los árboles (3), donde está para él la verdadera vida; «Il visconte dimezzato», que nos presenta a un extraño personaje partido en dos por una bala de cañón durante una de las guerras austroturcas, y en el que no resulta descabellado ver al hombre dividido de nuestro tiempo (Calvino es terreno abonado para los cazadores de símbolos), y por último, «Il cavaliere inesistente», donde se nos narran las aventuras de un caballero de Carlomagno que, como bien indica el título, no existe, y resulta identificable únicamente por su armadura (otro símbolo: el hombre totalmente confundido con su función). Si en estas y otras narraciones, Calvino sitúa la acción en el pasado para, gracias a ese distanciamiento,

(2) Existe traducción castellana: «El barón rampante» (Planeta).

(3) Recordemos el citado comentario de Pavese.

mejor y más libremente ironizar sobre el momento actual, en los tres relatos cuya publicación en nuestro país motiva estas líneas (4), el autor aborda, sin ambages, diversos temas de la vida política y social de la Italia del «milagro económico». La trama de «La especulación inmobiliaria», que es el más antiguo de los tres, pues data de 1957, gira en torno a un intelectual, comunista en su juventud, pero cuyos ideales se han ido poco a poco debilitando con los años, hasta el punto de que llega ahora a sentir fascinación por alguien que, lógicamente, debería ser su enemigo de clase: un empresario trapacero y sin escrúpulos que se dedica a negocios inmobiliarios y a quien el protagonista decide, desechando todas las advertencias que se le hacen, confiar la venta de unos terrenos de su propiedad. Lejos de cualquier enfoque maniqueo, Calvino profundiza en la psicología de ese personaje casi balzaciano, que es el especulador inmobiliario, en un intento de comprender las razones de su ascenso sobre el antiguo comunista. «La nube de "smog"», narración que, a pesar del carácter concreto del tema, adquiere en algunos momentos un tinte surrealista que nos recuerda a Buzzati, tiene también como protagonista a un intelectual. El narrador —el relato está contado en primera persona— encuentra un puesto de redactor en una publicación titulada «La Purificazione» —que edita un organismo paraestatal dedicado a la protección del medio ambiente contra la contaminación—, trabajo que desempeña con mayor o menor entusiasmo hasta que un día descubre que el director de la publicación es al mismo tiempo consejero delegado de una poderosa industria, y, como tal, culpable de esa misma contaminación contra la

(4) «La especulación inmobiliaria», «La nube de "smog"», «La jornada de un escrutador» (Alianza Tres). Es de alabar la traducción de Angel Sánchez-Gijón.

que hipócritamente dice estar luchando. Si tenemos en cuenta que «La nube...» fue escrita en 1958, no podemos dejar de sorprendernos de su carácter profético. Ambos relatos constituyen, pues, una nada velada denuncia de los métodos de acción del capitalismo, interesado únicamente en obtener cada vez mayores beneficios, para lo cual no duda en recurrir a las más vergonzosas tretas. La tercera narración, «La jornada de un escrutador», publicada en 1963, tras un silencio de tres años, es un libro inesperado en más de un sentido. En primer lugar, desde el punto de vista formal. Imaginémoslo, en plena fiebre neovanguardista, el mismo año en que Sanguinetti da a luz su delirante «Capriccio italiano», un relato que comienza: «Amerigo Ormea salió de casa a las cinco y media de la mañana»; es decir, como un remedo del célebre, por denostado, arranque «La marquise sortit à cinq heures». Inesperado, en segundo lugar, por su tono: En «La jornada», Calvino renuncia al lirismo épico de la mayor parte de su obra anterior, y, dando un giro de 180 grados, nos presenta a un personaje problemático, Amerigo Ormea, joven intelectual comunista que recibe el encargo de hacer el escrutinio de votos en un colegio electoral instalado en el «Cottolengo», institución benéfica turinesa, entre cuyos muros se esconde el reverso de la Humanidad: todos esos «infrahombres», idiotas, lisiados, deformes, que la sociedad, la nuestra, se avergüenza de sacar a la luz. Ante el espectáculo de semejantes monstruos de la Naturaleza, el escrutador se plantea, en apretado monólogo, una serie de interrogantes que, en cierto modo, evocan la angustia existencial de un Kierkegaard o un Leopardi. El creciente desaliento que se apodera del escrutador llega hasta el punto de impedirle luchar por el cumplimiento de las normas electorales; es decir, contra el escarnio que supo-

ne el que la democracia cristiana (partido al que pertenece el presidente del colegio electoral) se aproveche de esos seres tarados para, con las más grotescas maniobras, obtener sus votos. Tal vez lo más discutible de este sorprendente relato sea el tono entre moralista y demagógico que adopta a veces Calvino en la discusión de los problemas políticos que aquella visión del orco plantea al protagonista. Mas, incluso un relato tan amargo y pesimista como éste —reflejo de una profunda crisis que había hecho tambalearse el credo nacionalista del autor, su fe en la posibilidad de una Humanidad feliz, libre de taras físicas y morales—, acaba con una frase esperanzadoramente utópica: «Hasta la última ciudad de la imperfección tiene su hora perfecta —pensó el escrutador electoral—, la hora, el instante en que en cada ciudad está la Ciudad» (5). ■ JOAQUIN RABAGO.

**«El proletariado militante»**

Hasta su muerte, en 1914, Anselmo Lorenzo es uno de los hombres con mayor influencia en el anarcosindicalismo español. Nacido en 1841, su primera intervención pública conocida tiene lugar en 1864, cuando su firma es una de las primeras en la lista de obreros madrileños que apoya al sector socialista del partido democrático, frente al individualismo burgués de Castelar. Cabe pensar que, para el joven trabajador asistente a las clases impartidas en el Fomento de las Artes, la solución republicana conllevaba el fin de la explotación obrera, de acuerdo con las fórmulas reformis-

(5) Es de sobra conocida la admiración que profesa Calvino por el Siglo de las Luces, consecuencia con su profunda fe racionalista y su creencia en el progreso. Su entusiasmo por Fourier le llevó, por otro lado, a preparar en 1971 una edición italiana de algunos escritos del célebre socialista utópico francés.



(1) «El sendero...» se editó en 1964 con un polémico prólogo del autor en el que muchos vieron un ataque al partido comunista, y que prácticamente consumió la ruptura entre Calvino y parte de la intelectualidad italiana. A partir de entonces, este escritor italiano, nacido casi por azar en la isla de Cuba, vive en París en una especie de autoexilio literario, aun cuando sigue vinculado al editor Einaudi, en calidad de asesor literario.